



LA MUJER.

REVISTA DE INSTRUCCION GENERAL PARA EL BELLO SEXO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Bautista y Patier (Doña Eladia).
Cerrada (Doña Elena).
Gimeno (Doña Concepcion).
Guimar de Torresao (escritora portuguesa).
G. de Neda (Doña Carmen).
Gomez de Avellaneda (Doña Gertrúdis).
Jimenez de Moya (Doña Julia).
Troncoso de Jaren (Doña Matilde).
Aguirre (D. Joaquin).
Araujo (D. Jacobo).
Asensio de Alcántara (D. Joaquin).
Balaguer (D. Victor).
Baliu s Bonaplata (D. Salvador).
Barrantes (D. Vicente).
Bustillo (D. Eduardo).
Caballero de Puga (D. Eduardo).
Campillo (D. Narciso).
Campos y Vassallo (D. Rafael).
Cardaño (D. Primitivo).
Castellanos (D. Julian).
Coll y Moncasi (D. Felix).

Echegaray (D. Miguel).
Feliu (D. José).
Fernandez Florez (D. Isidoro).
Fernandez Neda (D. Rafael).
Fernandez y Gonzalez (D. Francisco).
Fragoso (D. Fernando).
Fuenmayor (D. Vicente).
Galdo (D. Manuel Maria José de).
García Gutierrez (D. Antonio).
García Sanchez (D. Ramon).
Gimenez Cordon (D. Julian).
Gil Sanz (D. Alvaro).
Gonzalez Pitt (D. Alfredo).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hoz (D. Santos de la).
Llaveria (D. Antonio).
Martin Albo (D. Benito).
Martinez Pinillos (D. Roman).
Martinez Benigno (D. Joaquin).
Massa Sanguinetti (D. Carlos).
Moncasi (D. Manuel Leon).

Moreno López (D. Carlos).
Moya (D. Francisco Javier).
Ortiz de Pinedo (D. Manuel).
Palacio (D. Manuel del).
Peña y Goñi (D. Antonio).
Pirala (D. Antonio).
Pontes (D. José María).
Rodriguez Hubert (D. Venustiano).
Rodriguez Seoane (D. Luis).
Rodriguez y Ramirez (D. Federico).
Rovira y Valdés (D. Pablo).
Ruiz Aguilera (D. Ventura).
Saco (D. Eduardo).
Sanmartín y Aguirre (D. José F).
Sanromá (D. Joaquin María).
Sardoal (Sr. Marqués de).
Sepúlveda (D. Ricardo).
Sequeiros (D. Camilo).
Tomeo y Benedicto (D. Joaquin).
Valera (D. Juan).
Zacarias Cazorro (D. Mariano).

Directora, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Influencia de la mujer en la educacion moral de la niñez.
— *La Mujer* (continuacion).— *Melancolia* (poesía), por doña Faustina Saez de Melgar.— *Invitacion en portugués*.— *Carta de doña Guimar Torrezao*.— *Carta de D. Jacobo Araujo*.— *Comunicado dirigido al periódico La Igualdad*.— *Crónica matritense*.
— *Charadas*.— *Explicacion del pliego de dibujos*.

INFLUENCIA DE LA MUJER

EN LA EDUCACION MORAL DE LA NIÑEZ.

Desde la más remota antigüedad la mujer ha venido ejerciendo un dominio relativo sobre los destinos del hombre. Débil, tierna y sumisa aquella, arrebatado é impetuoso este, encuentra á veces en esa misma debilidad, en esa dulzura un dique que encadena y sujeta su innata fogosidad. Infinitos ejemplos pudieran citarse de esta verdad, y una vez reconocido así, preciso es confesar que la influencia de la mujer en la educacion de la niñez es no solamente grande, sino eminentemente necesaria.

Incumbe al maestro el desarrollo de la inteligencia, la instruccion propiamente dicha, y es del dominio de la mujer grabar en el alma del niño el sentimiento de lo bello y fortalecerla con el de la fé, luz purísima y sacrosanta que refleja en los corazones y es la base más sólida y segura sobre la cual estriba la educacion y la enseñanza. Nadie como la mujer, por medio de la persuasion y de la dulzura, puede fecundizar el pensamiento, abriendo los corazones á la caridad y á la esperanza. El hombre tiene la fuerza del raciocinio para enseñar y dominar, la mujer la ternura para persuadir y deleitar.

En los niños precede siempre á la inteligencia el sentimiento, sólo comprenden aquello que

sienten y ven con toda claridad á la luz de su infantil imaginacion; por eso quien sabe persuadirlos ejerce sobre ellos una gran influencia, por medio de la cual puede enseñárseles á comprender la verdad del sentimiento moral, despertando sus facultades intelectuales.

La virtud no se enseña, se inspira, y en esto consiste á veces el talento de la mujer, que sabe primero hacernos amar aquello que desean aprendamos; y de una manera dulce casi imperceptible, nos conducen por el árido terreno de la enseñanza, que guiados por la mano de un preceptor rígido nos sería del todo insoportable. Pero la mujer, y sobre todo la mujer que es madre, que comprende los deberes de la educacion y de la santa maternidad, esa tiene un encanto poderoso; ella sabe dominarnos, atraernos y acaso, sin apercibirnos de su intento, enciende en nuestra alma la antorcha civilizadora del Evangelio.

La influencia de la mujer en todas las acciones de la vida es inmensa, decide de nuestros sentimientos, varía á veces nuestras opiniones y quebranta nuestros gustos. Es una forma moral que cada día se hace más palpable, siguiendo en prodigiosa escala á medida que el desarrollo intelectual en aquellas vá tomando mayores proporciones. De aquí la necesidad de consagrarla á la educacion y de fomentar su instruccion. Concédasela formar el corazón de los niños; ella los hará buenos, religiosos y tiernos, y una vez arraigadas en su alma las semillas de la virtud pueden sin temor entrar bajo la influencia del preceptor para que cultive su inteligencia, y á los ópimos frutos de amor y caridad que la mujer ha esculpido en ella unir los del talento, evitando así el escollo de ver viciadas y pervertidas muchas naturalezas privilegiadas, que serian altamente notables con-

ducidas por el primitivo camino de la enseñanza, el único que la mujer puede inspirarnos: *la caridad y la fé.*

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA MUJER.

(Continuacion.)

Inclinada por naturaleza al bien, apenas cree en el mal.

Para ella todo el mundo es virtud, todo verdad, y dejándose dominar más por el corazón que por la inteligencia, no alcanza á vislumbrar las miserias que se ocultan hasta en los más recónditos pliegues del corazón humano.

De aquí nace la absoluta necesidad de que el corazón de la mujer empiece á educarse desde los primeros días de su juventud, en un temor santo de su deber y de su conciencia.

De este modo, á la luz de la inteligencia, puede contemplar el profundo abismo que media entre la virtud y el vicio, contemplacion que haciendo nacer en su alma las afecciones más puras y delicadas, la hace adivinar otro mundo de verdadera felicidad, un más allá de la tumba que la obliga á pensar en la responsabilidad de sus actos.

Porque en la mujer hay una edad harto peligrosa.

Es la edad del amor, la edad de los sueños.

Entonces abre los ojos á la aurora de la fantasía; su mente corre en alas de la ilusion y por do quiera le sonríe un mundo de esperanzas.

Mas ¡ay! tras de aquellos dorados celajes que embriagan de placer todos sus sentidos, no distingue un horizonte negro y amenazador, triste realidad de tantos encantos ficticios.

A sus ojos se presentan la virtud y el vicio, y la primera suele asustarla con su mísero ropaje, en tanto que el segundo la deslumbra con sus vanos oropeles y sus fastuosas galas.

Si la mujer vive en la ignorancia, la eleccion seguramente ha de perderla.

Hé aquí, pues, cómo ésta es lo que el hombre quiere que sea.

Ensénala el hombre la palabra de Dios, y verá cómo despues ella enseña á sus hijos esa santa palabra.

V.

Educada la mujer en la esperiencia de la humanidad, y colocada en ese precioso estado adolescente, que es, digámoslo así, el más característico de su condicion, es cuando ejerce poderosamente esa mágica influencia que desde el principio del mundo ha tenido en los destinos humanos.

Es entonces el ángel de la paz y de la espe-

ranza, que brinda amores con sus gracias y encantos.

Por una sonrisa de su boca celestial, por una mirada amante de sus juguetones ojos, por un dulce suspiro de su enamorado pecho, por un casto beso de sus rosados lábios, el hombre es capaz de acometer las más arriesgadas empresas.

Porque para el hombre no hay en ese caso peligros, obstáculos ni dificultades: todo lo vence; todo lo espera.

Y es que sus ojos se apartan insensiblemente del mundo de la realidad para no ver más que sueños de ambicion y gloria, tras de los cuales se destaca, como en risueño panorama, la fantástica figura de una mujer amada.

Y hé aquí ya á ese hermoso sér dueño absoluto de la voluntad del hombre.

Este, esclavo de los atractivos femeninos, es, sin embargo, un noble amante que daría cien vidas por la vida de su adorada.

Ella le infunde el valor, y aquel hombre será mañana un héroe.

Otras veces enloquecido con su hermosura, se aparta de lo terreno, de lo deleznable del mundo, de la materia, en fin, para volar á la region del espíritu, de lo imponderable, de lo infinito.

El iris del amor le sonríe y le anima; de su ardiente corazón brota un raudal de poesía que espresa el estado de su alma en amantes quejas ó dibuja en su mente aquel sér bello, que es su vida, su esperanza, su constante delirio, y la mujer se llama entónces Elena, Beatriz, Laura ó Fornarina.

Y el hombre se llama entónces Goethe, Dante, Petrarca, Rafael.

Y hé aquí como la mujer es el ángel de la inspiracion que baja á la tierra á fecundar las grandes ideas.

¡Quién sabe si Colon al estudiar el derrotero de su nuevo mundo, soñaba con un oasis encantador allende los mares, donde, léjos de todas las miradas, pudiera con una mujer encantadora vivir la hermosa vida de los amores!

VI.

Pero si digno de especial estudio es el estado de la mujer en el período de la adolescencia, período en que se nos presenta en toda la plenitud de sus facultades y de las sanas dotes con que la dotara el cielo, aun más digno de consideracion es el estado de maternidad, en que aparece con toda la plenitud de sus sentimientos.

¡La madre!

¿Qué corazón no palpita al dulce recuerdo de tan querido nombre?

¿Quién no ha sentido el inefable encanto que en nosotros produce el beso de una madre?

¿Quién no ha gozado de una interior é inesplicable satisfaccion al sostener el brazo de una madre anciana?

La madre es el ángel tutelar de la familia, y por ende de la sociedad entera.

Ella aduerme al niño en el santo temor de Dios.

Ella infunde al jóven el amor á la pátria.

Ella aconseja al hombre la abnegacion y la constancia.

Ella eleva el alma del anciano hácia la region del Eterno.

Entre la madre y el hijo existe un lazo indestructible, lazo misterioso cuyo valor sólo comprende la primera.

Todo lo que el hombre es se lo debe á una madre, y sin embargo, la ingratitud de aquel suele ser casi siempre el premio de tantos afanes por parte de esta.

¡Mezquina condicion la del hombre, que ni pagar sabe siquiera los sacrificios de la mujer!

¿Dónde encontrar la pureza del sentimiento sino en el corazon de una madre?

Cuando sufrimos, ella es la que sufre nuestro dolor; nosotros no hacemos nada más que quejarnos.

Cuando lloramos, ella es la que llora nuestras penas, porque nosotros no hacemos otra cosa que derramar las lágrimas.

Pero nuestras lágrimas caen de los ojos al suelo.

Las de una madre ván al fondo del corazon.

Cuando gozamos, ella goza con nuestra dicha, porque ella sola sabe sentir y amar.

¡Ah! No se comprende bien lo que es una madre hasta que la muerte la arrebatara de nuestro lado.

Entónces buscamos el calor maternal, y al hallar el vacío comprendemos lo irremediable de nuestra pérdida.

Y muere para el mundo, pero no muere para el hijo, y en su memoria vive eternamente, y en su recuerdo se aconseja.

¿No habeis visto alguna vez al pobre huérfano, que aterido de frío cruza las calles demandando una limosna en nombre de Dios y suspirando por la que le dió el sér?

Aquel ¡ay madre! con que espresa toda la extension de su desgracia, encierra en sí todo el poema de la vida, todo el misterio del corazon, toda la historia de la humanidad, en la larga serie de sus vicisitudes.

Aquel ¡ay madre! eco de un alma triste, arrancando inconscientemente por la crudeza del dolor, es á la vez una queja y un suspiro, un recuerdo y una esperanza; un tributo en fin de amor y de reconocimiento á la que con su presencia mitigára el hambre y el frío del infeliz mendigo.

Aquel ¡ay madre! gráfica espresion de la soledad, es una elocuente enseñanza para los que, descreídos por naturaleza ó por egoismo, no saben ó no quieren comprender todo lo que vale el cariño de una madre.

¿Dónde hay amor comparable á su amor?

Lo que una madre no pueda hacer por un hijo, ¿es acaso capaz de hacerlo la humanidad entera?

Ella sacrificaría cien vidas que tuviera por hacer eterna la del fruto de sus entrañas.

Por eso el hombre, si se inspirase continuamente en la voz de la conciencia, trocaría gustoso la mejor riqueza por recibir el dulce beso del amor maternal.

VII.

¿No sabeis quizás lo que ese beso significa?

¿No habeis descifrado acaso toda la grandeza de su espresion?

Pues al rozar el lábio maternal nuestra mejilla deja en ella impreso el lenguaje del alma.

El beso que la mujer deposita en la frente del hijo adormecido en la cuna por el sueño de la inocencia, parece espresar el temor de perderle, á la vez que la duda de lo que podrá ser algun día el tierno infante.

El beso con que la madre espresa su cariño al adolescente, parece inspirarle la confianza para que prosiga con fé por el áspero camino de la vida.

El beso con que la madre parece despedir de este suelo al moribundo anciano, encierra todo un mundo de esperanzas que no se desvanecen para ella, ni aun en el postrer instante de la existencia.

Un beso nos saluda al nacer y otro nos despierta junto al sepulcro.

¡Feliz mortal el que los dos besos consigue!

Él solo puede saber cuánto vale una madre.

VIII.

La inocencia, la modestia, la hermosura, la virtud, el candor, la honestidad, la fé, la esperanza, la caridad, el valor y el heroismo... todo eso es la mujer.

Su historia es la historia de la vida de la humanidad.

Allí donde su suerte es desgraciada, no es mejor la condicion del hombre.

Allí donde se la respeta, la santidad del hogar doméstico, la paz de la familia, son la base de la sociedad.

El orgullo del hombre pudo hacerla un tiempo esclava de sus antojos; la antigua Grecia, la disoluta Roma, considerándola como una cosa abyecta; los pueblos del Oriente, inspirándose en el más torpe sensualismo, convirtieronla en un objeto de recreo, y bien pronto la inmundicia, el

vicio, la venganza y el crimen, profetizaron la ruina de los grandes imperios.

Sólo entonces una Dido pudo oscurecer las brillantes glorias de un César.

Sólo entonces una Cleopatra pudo destruir la más grande de las Repúblicas.

Sólo entonces una Messalina pudo manchar con su impureza las gradas de un trono.

Y sin embargo, en aquellos siglos de barbárie, de destruccion y muerte, contábanse infinitas Saffos, personificacion de la virtud y el arte; infinitas Hipatias, representacion de la Fé.

(Se continuará.)

MELANCOLIA.

A mi querida amiga la señorita de Jimeno.

Un canto quiero alzar, y la voz mia
Eleva un eco quejumbroso al viento,
Yo quisiera arrancar esta sombría
Pesadilla fatal que horrible siento.

El destino cruel cebóse insano
En torturar mi corazon doliente,
Cargó iracundo su pesada mano,
Que hirió mi pecho y doblegó mi frente.

Pobre del corazon que corre ansioso
Tras una dicha que jamás alcanza,
Que en el mar de la vida proceloso,
Es ¡ay! triste quimera la esperanza.

¡Horrible soledad! cruel vacío,
Ofrece el mundo en terrenal esfera,
¡Oh! ¡cuándo nos darás, Señor, Dios mio,
En copa de placer luz verdadera!

Que es la felicidad quimera vana,
Ensueño de dorada fantasía,
Que en óptica ilusion surge el mañana,
Revestida de luz y de armonía.

Montes y llanos, rocas escarpadas,
Y el proceloso mar que ruje hirviente,
Y encima de las nubes azuladas
Un cénit tachonado y esplendente.

Y más alto los ástros, las estrellas,
Y del sol los purísimos reflejos,
Y de la luna plateadas huellas,
Estendiendo su luz allá á lo léjos.

Subid un poco más, la gloria, el cielo,
Un trono de rubíes y topacios,
Tranquilo el corazon calma su anhelo,
Remontándose ansioso á los espacios.

Allí vive el Señor, el poderoso,
El que crió los mares y la tierra,
El Dios de los ejércitos gloriosos
Que al legarnos la paz nos dió la guerra.

Así como el placer y la alegría,
Juntos caminan por el ancho mundo,
Van la guerra y la paz en armonía,
Elevando á su Dios himno fecundo.

Dejadme aquí; mi corazon vacila,
Y en el terráqueo globo se anonada,
Y deja que abrasada mi pupila,
ante el fuego de Dios quede asombrada.

El sueño llega á mis cansados ojos,
Surge la luz en esplendente esfera,
No siente ya mi corazon enojos,
Y escucho resonar voz lisonjera.

«No busques ¡ay! felicidad ni calma
En el tránsito breve de la vida;
Separada del mundo vuela el alma,
Buscando de su fé la luz perdida.»

¡Ay! ¿Y la encontrará? Corre afanosa
Dejando atrás el mundanal ruido,
Refugio pide á la marmórea losa
Y á la tranquila tumba eterno olvido.

En plácido beleño se adormece,
Cesa la angustia de su hirviente pecho,
El iris sus delirios embellece,
Y ámbito encuentra ya menos estrecho.

La paz, la eterna paz que ambicionára,
Le ofrece el cáliz de su fé divina,
Y el ancho globo que á sus piés rodára
Ve circundado por la azul cortina.

Bullen los séres en estraño giro,
Y al azár se revuelven las naciones,
Y el Sumo Hacedor ante un suspiro
Se suceden tambien las estaciones.

¡Ah! dejadme dormir, ¡sueños hermosos!
Y calla, corazon, calla y espira;
No vivas en los centros populosos,
Donde todo es falaz, todo mentira.

No vayas corazon con vivo anhelo,
Tras una dicha que jamás se alcanza,
Que en el mar de la vida todo es duelo,
Y es ¡ay! triste quimera la esperanza.

Busca la soledad, la fé, la calma,
Búscalas sí tras de la tumba fría,
Que sólo en ella encontrará tu alma,
Su sol de eterna luz y de armonía.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

INVITAZAO AS SENHORAS PORTUGUEZAS.

Penhorados pelo valioso offerecimento com que a tao modesta como distincta poetisa de Lisboa a Excma. Sra. D.^a Guiomar de Torrezao tem a bondade de nos honrar no seu attento favor 21 do mez ultimo, e que folgamos de poder trascribir a continuacao, temos fé e esperanca de que as illustradas escriptoras portuguezas, entre as quaes ha tempo distinguem-se como cultivadoras das lettras as excellentissimas Sras. D.^a Amelia Fanny, D.^a Maria Rita Chiappe Cadet, D.^a Maria Peregrina de Souza, D.^a Julia Salles, D.^a Maria Cândida Collaço Falcao, D.^a Maria Amalia Vaz de Carvalho, D.^a Anna Maria Ribeiro de Sá, doña Julia de Gusmao, D.^a Mariana de Andrade, D.^a Leonor Soares, D.^a Palmira Monteiro, D.^a Eulalia da Cunha, D.^a Emilia da Maice, D.^a Maria Josefa Canuto, D.^a Máxima de Figueiredo, D.^a Delfina Viera de Castro, doña Maria Emilia da Motta Pae Velho, D.^a Mariana da Fonseca Dine, D.^a Angelina A. Freire de Macedo, D.^a Maria Elena Bonde Sousa, D.^a M. C. V. Carvalho, D.^a Francisca D'Almeida Castro, D.^a Cândida de Assis Viana, e tantas outras, querao aceptor o fraternal convite que nos ousamos lhes fazer, apelando para a sua valiosa collaboracao no trabalho litterario d'esta revista, com cujo levantado fin tem, sem duvida, de concordarem.

Pedindo, pois, o concurso da sua penna, que temos a conviccao á de nao nos faltar, agradecemos a sua distincta coadjuvacao, com a qual nao temos duvida

ao de querer honrar-nos as nossas presadas collegas de Portugal.

Réstanos mostrar o nosso sincero reconhecimento aos cavalheiros redactores dos jornaes lisbonenses *O Diario de Noticias* e *A Gazeta do Povo* pela galantería que tem tido de anunciar a aparição da *Mulher* no estadio da imprensa madrilenha.

A Directora,
FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Insertamos con mucho gusto la siguiente bellísima carta, que al aceptar la colaboracion en nuestro periódico ha dirigido á la señora de Melgar, la eminente poetisa portuguesa que es gloria de las letras lusitanas. Mucho agradecemos la honra que nos dispensa, y grande será nuestra satisfaccion si los escritores y escritoras del vecino reino, favorecen nuestra publicacion con algunas flores de su brillante ingenio:

SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Muy señora mia: Deberia haber respondido antes á su interesante y amabilísima carta; pero mis muchos trabajos literarios han impedido el cumplimiento de tan grato deber. Las agradables frases de su favorecida habian quedado grabadas en mi imaginacion, pues viniendo acompañando un lisonjero convite adornado de cariñosas palabras, eran motivos suficientes de júbilo y de reconocimiento para quien cree en conciencia no merecer tal honor, cuando llegó á mis manos *LA MUJER*, complemento de la hidalga promesa y garantía real de la idea que desde luego me formé de tan interesante periódico.

Agradeciendo, pues, la delicada invitacion con que Vd. me honra, probándome de una manera irrefutable y que inmensamente me lisonjea de que en España, en esa grande nacion, donde los talentos tienen el vigor, la opulencia y el esplendor de la madre pátria; en la España de los Cervantes, de los Calderones y de los Esproncedas hay quien conoce el oscuro nombre de una, ¡la más humilde escritora portuguesa!... Tengo, pues, sumo placer en saludar con los espontáneos impulsos de mi alma, que difícilmente podrian traducir mis palabras, á la sinceridad de esa tan noble como generosa idea; idea que es ya una luz que el periódico tan brillantemente dirigido por Vd. enciende entre las tinieblas que pretende iluminar, é infelizmente hasta hoy han envuelto á tanta inteligencia de mujer!!

¡Bien haya Vd., mi ilustrada señora, y todas las que en su compañía construyen ese pequeño edificio, amasando con sus manos femeninas sus ci-
mientos bañados con el bendito sudor del trabajo, y llamando á la faena que Dios bendecirá, á cuantas personas adivinan lo que Vd. piensa y se

sienten impulsadas, segun la grande frase de Platon, «por la misma idea y la misma aspiracion!...»

¡Oh! ¡Bien hayan estas, porque el pequeño edificio que hoy comienza á levantarse será pronto, muy luego, faro de refulgente y provechosísima luz!...

Esperaba ansiosa leer *LA MUJER*, y de antemano me sentia apasionada por los sanos y generosos principios que se proponia propagar y defender esta revista española: pero habiendo leído ya sus primeros números, y recorrido ya todas sus columnas, creció de repente mi simpatía, que se convirtió desde luego en religiosa admiracion.

Quiera Vd., ya que tanto me ha distinguido con su carta, ser intérprete para con esas señoras y caballeros que componen la ilustrada Redaccion de *LA MUJER*, transcribir la más sincera expresion de los sentimientos de mi mayor respeto y simpatía; pero muy especialmente á la grande escritora Sra. Avellaneda, de quien sentí no ver firmado aun ningun artículo.

El insignificante concurso de mi modesta pluma siento y temo que de poco ó nada podrá servir donde sobra tanta luz, y donde escriben plumas tan acreditadas y aplaudidas: sin embargo, una vez que Vd. se ha dignado convidarme para tomar parte en esa grande obra de enseñanza y de progreso, debo decirla que aunque humilde obrera, acepto tan honroso como difícil encargo; ofreciendo emplear todas mis fuerzas para corresponder de la mejor manera posible al juicio que de mí ha hecho Vd., tan inmerecido como benévolo.

Escribiré poco, porque ando escasa de tiempo; pero en cambio pensaré mucho en su interesante revista, haciéndola conocida y apreciada en Portugal por cuantos medios están á mi alcance; pudiendo Vd. contar con mis servicios para cuantos conceptos útiles en esta córte.

Desde luego anunciaré el periódico de Vd. en mi anuario *O Almanach das Senhoras*, que tendré sumo placer en enviarle cuando salga á luz el segundo número, y para el cual desde ahora me tomo la libertad de suplicar á Vd. y á sus queridas compatriotas el singularísimo honor de su ilustrada colaboracion.

Remito á Vd. por este correo un diario de esta capital donde se anuncia *LA MUJER*. Envié otro prospecto al *Diario de Noticias*, que tambien dará cuenta de la aparicion de esa su interesante revista, así como el periódico progresista histórico *A Gazeta do Povo*.

Quedo aguardando con sumo interés, tanto la deseada contestacion de Vd. como el cuarto número de *LA MUJER*. Escribo en mi idioma, que supongo ha de serle familiar; esperando se tome

la molestia de decirme si traducirá al español los artículos que yo la remita para LA MUJER, ó si piensa darlos á luz en portugués.

Por último, mi querida señora y estimada colega, permítame Vd. que B. S. M. y me confiese De Vd. su afectísima admiradora,

GUIOMAR TORREZAO.

Lisboa 21 de Junio 1871.

SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Muy Sra. mia: grata ha sido la sorpresa que me ha producido el ver mi nombre entre los que figuran á la cabeza de LA MUJER, que Vd. con tanto acierto dirige. Deferente á la atencion que Vd. ha tenido conmigo, siento únicamente no poder corresponder cual quisiera, á honra tan inmerecida. Haré, sin embargo, un esfuerzo: pues aunque es cierto que la mision de su publicacion y hasta su título me agrada, no me siento con el valor necesario para inspirarme en la idea noble y elevada que entraña. Y ¿sabe Vd. por qué? Porque ya no soy el que era cuando juntos luchábamos en la prensa, en la época más crítica para la vida del pensamiento, con el patriótico fin de redimir al hombre de su esclavitud política, para hoy poder tratar con entera libertad de la regeneracion de la mujer y de las causas que se oponen á su desarrollo. Los años, querida Faustina, no pasan en vano; así que aquella juventud, llena en aquel entonces de entusiasmo y de vida, matizada de risueñas esperanzas y revestida con la aureola de purísimas ilusiones, como el cielo de radiantes estrellas, no conserva ya más que el pálido reflejo del sol que la vivificó al gran día y que hoy debia brillar como entonces, para dulcificar la yerta atmósfera en que palidece y agoniza mi pobre inteligencia. Esta es la razon porque temo escribir algo acerca de la mujer, que pueda ser leído con gusto, y hé aqui el motivo tambien porque no acertando ya á mezclar lo útil con lo dulce, siguiendo la máxima de un célebre crítico de la antigüedad, mis ideas desnudas de aquellas flores poéticas, de aquellas melífluas y delicadas formas que tanto halagan el amor propio de la hermosa mitad de nuestro ser, lleguen á presentar tal vez el repugnante espectáculo de un cuadro sin colorido, que no ofrezca otra ventaja que la de poner en relieve la mano inhábil que lo ha trazado. Pasaré á pesar, por todo ya que Vd. lo quiere así, y como el querer Vd. es mandar, á mí me toca obedecer. Escribiré pues, ya que Vd. me lo manda, y aun cuando despues de esto no tuviera otra razon, lo haria tambien por el gusto de asociar mi nombre al de esa apreciable persona á la cual dedica Vd. su «Hogar sin fuego;» y por contento me daría yo si ha-

llase materia de su agrado con que poder inflamarle en el curso de mi colaboracion.

Siempre affmo. es su atto. S. S. Q. B. S. P.

JACOBO ARAUJO.

Vamos á permitirnos insertar á continuacion el comunicado que nuestra directora ha dirigido á *La Igualdad* y á *La Iberia*: ésta lo publicó el 29 del pasado Junio; pero *La Igualdad*, que tuvo á bien dirigir tan rudo, como infundado ataque á una señora, no le ha parecido conveniente insertar la rectificacion, conducta sumamente estraña en la hidalga caballerosidad del diario federal, que á fuer de galante hasta se ha convertido en decidido campeón de las incendiarias de París, aquellas fúrias infernales que con el cubo de petróleo en una mano y el sangriento puñal en la otra, iban sembrando por do quiera la destruccion y la muerte. Nunca nos hubiéramos permitido atacar á nadie, mucho ménos fundándonos en hechos falsos; pero no podemos prescindir de la natural defensa.

«Señor director de *La Igualdad*.

Muy señor mio y de mi consideracion: Enferma hace muchos dias, no he tenido noticia hasta hace poco del rudo ataque que tan galantemente ha tenido Vd. la bondad de dirigirme en el número 799 de su apreciable periódico.

Si en él se hubiera tratado de mi suficiencia ó de mis obras literarias, no hubiera ocupado la digna atencion del público; pero se trata de la rectitud de mis principios, se permiten Vds. calumniarme de una manera poco noble, y no puedo pasar el ataque sin rechazarle como merece. Dice así el suelto á que contesto:

«La directora de un antiguo periódico de modas, *La Violeta*, que era sólo una continua alabanza á doña Isabel de Borbon, que lo costeaba, publica hoy un periódico titulado LA MUJER que es una continua alabanza á la señora de Aosta, que le costea.

Esto de tributar incienso á todos los que mandan será muy lucrativo, pero no dá muy buena idea de la rectitud de principios de la que se propone moralizar é instruir á la mujer.»

En primer lugar, el periódico *La Violeta* no fué nunca costeado por doña Isabel de Borbon, ni le debió jamás proteccion ninguna, á pesar de que le estaba dedicado.

Es verdad que no se la pedí, como tampoco la he solicitado para LA MUJER de la reina doña María Victoria.

En aquella época tuve la honra de llenar con mis humildes producciones los folletines de *La Iberia*, apareciendo mi novela *Angela*, ó *el ramillete de jazmines*: el 22 de junio de 1866 que

quedó suspensa con el periódico, y volvió á reaparecer con los primeros números de *La Nueva Iberia*. Esta señalada muestra de consecuencia y de simpatía hacia el periódico representante del partido que la hacía tan cruda guerra, no debió serme muy favorable en el ánimo de doña Isabel de Borbon, aun cuando yo no me he mezclado nunca en política.

Jamas en *La Violeta* se publicó un artículo en alabanza suya. Pueden verse las colecciones, y desafío á que me citen uno solo.

Léjos de proteger el periódico, le hizo mucho daño; porque si bien obtuve una real orden por mediación de mi digno amigo don Eugenio de Ochoa, director entónces de Instrucción pública, para que las maestras se suscribieran, cargando su importe al material, fué derogada al mes de concedida, causándome un perjuicio inmenso por los trabajos de propaganda y el excesivo coste de números, dibujos y labores que hube de adquirir, de lo que no pude resarcirme, siendo esta la causa de la muerte del periódico, que suspendí poco después.

Contestado el primer punto, voy á contestar al segundo.

El periódico LA MUJER, que hoy está bajo mi dirección, no está costeado por la reina doña María Victoria: es más; ni aun le está dedicado, ni se ha publicado un solo artículo en su obsequio, aun cuando bien merece esta augusta señora que se ensalcen las nobles virtudes que la adornan.

Mas yo, señor director, nacida y criada entre las palomas silvestres de mi natal ribera, no he aprendido en la escuela cortesana. Soy adusta como aquellas aves que arrullaron mi niñez, y no haré nunca fortuna por ese camino.

Agradeceré de su imparcialidad se sirva dar cabida á estas líneas en su apreciable periódico, y queda su atenta servidora Q. S. M. B.,

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid, 28 de junio de 1871.»

CRÓNICA MATRITENSE.

Times is money, ó times is richness, dicen los ingleses para encomiar el valor del tiempo, y siguen *ad pedem littere* esta máxima, con toda la imperturbabilidad de su nebuloso *spleen*.

Pero los españoles que, *hacemos tiempo* unas veces, que *gastamos tiempo* otras, y que PERDEMOS TIEMPO SIEMPRE, no damos tamaña importancia á una cosa tan pueril y fútil.

Yo, en vez de decir, traduciendo el habla de Shakespeare, «el tiempo es dinero,» permuté la metáfora, y digo: «el tiempo es humo.»

Ignoro si alguien se habrá anticipado diciendo esto mismo; pero sí puedo aseguraros que me afirma en esta idea la celeridad con que veo pasan, y corren, y vuelan los días, á la manera que las columnas del humo se forman y desaparecen en espirales para jamás volver.

¿Y á qué este exordio? direis vosotras, al leer las anteriores líneas.

Os lo explicaré si me prestais vuestra atención por breves momentos.

Al recordar que, parece que fué ayer, y ya han transcurrido dos semanas desde que me consagré á vosotras escribiendo mi última revista, surge en mi mente la idea del tiempo, como colosal atleta ante cuya sombra se pierden los siglos y bajo cuya planta se borran las huellas de sociedades y generaciones que pasaron.

El tiempo, dueño de una singular autonomía, ha dejado tender al hombre sobre él sus cálculos y sus medidas; ha permitido adivinar su principio, pero no su término; porque él solo es eterno como su autor, inmenso como el espacio, infinito como el universo.

Pero aparte la filosofía, y entremos en materia; dejémosnos de elucubraciones, y al grano.

Durante el período que el silencio ha interrumpido mi correspondencia con vosotras, por causas independientes de mi voluntad, é impedimentos ajenos á mi buen deseo, la coronada villa, lectoras, poco de nuevo, aunque mucho de bueno, ha ofrecido á la pública contemplación.

El arte ha estado de enhorabuena en todas sus manifestaciones, á escepcion de algunos espectáculos presentados últimamente en los CAMPOS ELISEOS y el teatro de la ALHAMBRA, de los cuales me ocuparé oportunamente.

EL TEATRO DE MADRID, el CIRCO DE PRICE y los JARDINES DEL BUEN RETIRO, parecen los centros mimados por el público madrileño, que acude constantemente á favorecer las respectivas empresas, en justa reciprocidad de los esfuerzos que éstas hacen para ofrecer obsequiosas nuevos y variados atractivos á la elegante sociedad que á ellos concurre.

En el TEATRO Y CIRCO DE MADRID ha venido representándose sin interrupción, y con igual éxito que la noche del estreno, la aplaudida ópera del maestro Auber, titulada *Haydée*, arreglada á la escena española por nuestros aplaudidos autores Barbieri y Puente y Brañas, y en la cual, la simpática Zamacois está tan admirable, que es el objeto de diarias y entusiastas ovaciones, en justo tributo de su indisputable mérito, rendido por la elegante cuanto inteligente sociedad que acude al favorecido y lindo teatro del Sr. Rivas.

En el CIRCO DE PRICE hicieron su debut los nuevos artistas, con ejercicios ecuestres y acrobáticos tan arriesgados como sorprendentes, y todos ellos obtuvieron repetidos triunfos, especialmente la célebre primera velocipedista de la Alhambra de Londres, Mlle. Adeline Francini, y Mlle. Teresa, conocida por *la hija del aire*. Si Mr. Price se afana con celosa solicitud, para sostener su teatro al nivel de los más principales de Europa, el público agradecido le corresponde justamente con su predilección.

LOS JARDINES DEL RETIRO, están siendo teatro de espectáculo, que pudieramos llamar el de la temporada. La Sociedad de Conciertos que funciona este año bajo la inteligente dirección del Sr. Bottessini, ha celebrado su quinta función, con un éxito lisonjero y merecido.

Todas las piezas que con su acostumbrada maestría interpretan los profesores de la Sociedad de Conciertos, son muy aplaudidas, mereciendo muchas de ellas los honores de la repetición. Entre estas recordamos las originales del eminente director Sr. Bottessini, tituladas *Las Campanas de la Aldea*, la obertura del *Rey Lear*, del mismo; la fantasía de *Don Giovanni*, de Mozart, arreglada por el Sr. Arrieta, varias de Haydn, Auber, y otros clásicos, cuyas bellezas sentimes no poder apreciar en toda cuanto valen; pues debe ser mucho, cuando tanta y tan unánime aceptación merecen de la inteligente y distin-

guida sociedad que llena todas las noches el ameno salón de conciertos.

Además la compañía de zarzuela que actúa en el teatro cuenta con artistas y repertorio reputados que atraen á los frondosos JARDINES DEL RETIRO un numeroso público. Nos ocuparemos de este punto con más detenimiento en el próximo número.

El coliseo de VARIEDADES ha hecho una apreciable adquisición con la llegada de Mlle. Anginet, ya conocida en Madrid. En esta época la célebre prestidigitadora del Teatro del Pre Cautelán de París, ha inaugurado una nueva *soirée* fantástico-artística: cuya destreza, ilusión y magia moderna, según se titula, unidas á los cuadros animados del agióscope que presenta el renombrado óptico Monsieur W. Mordann, hacen aplaudir constantemente á la multitud que acude al teatro de la calle de la Magdalena.

Dejo hecha una escepcion respecto á algunos espectáculos, y voy á ocuparme de ella, con harto sentimiento; pero fuerza es hacerlo, si no he de pecar de parcial ó apasionado.

En el TEATRO DE LA ALHAMBRA se anunció una función extraordinaria cuyos productos se destinaban á un objeto filantrópico. En la noche del día 8 tuvo lugar el beneficio, estrenándose *El Idiota* y *El poema de Lamberty*; pero con harta sorpresa defraudó las esperanzas que habían hecho concebir los anuncios, el triste éxito que obtuvieron ambas obras. La primera es un melodrama arreglado del francés, cuya circunstancia se suprimió en los carteles; y gracias al talento con que el primer actor Sr. Chas, interpretó su papel de protagonista, alcanzó esta traducción algunos, pero no muy espontáneos é imparciales aplausos. *El poema de Lamberty* es una pieza cómica que abusó de la paciencia del espectador por espacio de una hora! aunque á decir verdad, la mayor parte del público, y muy marcadamente el bello sexo, abandonó el teatro, al escuchar los chistes de tan mal género, que abundan en esta obra y el pensamiento que encierra.

A grandes rasgos os he pintado, lectoras, el cuadro cuyos detalles me dispensará hacer vuestro criterio. Lo que asombra á todos es que la empresa del TEATRO DE LA ALHAMBRA, descuide sus intereses, y no tenga en cuenta las deferencias á que el respetable público es acreedor; pues si así no fuera, hubiera retirado la representación de dos obras que ha rechazado el gusto y la moral respectivamente. Este es un leal consejo y no decimos más.

En los CAMPOS ELÍSEOS continúan lo que la gente ha dado en llamar *camelos*. Se suspenden funciones ó segregan partes de los programas, y el público se ve engañado repetidas veces sin ningún aviso previo. Estas faltas de formalidad son muy punibles, y debe la empresa tratar de corregirlas, así como tampoco poner espectáculos que ningún mérito tienen, después de hacer serias promesas para sorprender la buena fé del público. Más consideraciones y menos abusos, Sr. Arderius, y no olvide usted los favores que exigen, mejor que ingratitud, agradecimiento.

Si he desplegado demasiada severidad en alguno de los anteriores juicios, no he hecho más que obedecer á espontáneas y propias inspiraciones, siguiendo la línea de conducta imparcial y desapasionado lema de todo el que aborrece la pasión y la mentira.

VENUSTIANO R. HUBERT.

Madrid, 8 Julio 1871.

CHARADA.

Es conducto de humedad
Mi primera con tercera,
Y mi segunda y primera
Apreciable cualidad
En la niña casadera.

Jamás, á fé, me ha gustado
De segunda y terciá usar,
A no ser que llegue á estar
Con un prójimo enfadado,
Y éste me quiera escuchar.
Mi todo causa recelos,
Satisfacciones y sustos,
Malos ratos, suaves gustos,
Miedo, valor y desvelos;
Tiénenle malos y justos.

Solucion á la inserta en el número 3.º

Cha, en idioma lusitano,
Es lo que en la China abunda,
Y pospuesta á la segunda,
Es *Racha* en el Oceano.
Segunda y tercera, *Rada*,
También en el mar la vés,
Y *Charada*, lector, es
El todo de mi charada.

VENUS.

La señora doña Faustina Saez de Melgar, ha trasladado su domicilio á la calle de Henan-Cortés, núm. 40, cuarto bajo, y tiene el gusto de ofrecer la nueva habitación á sus numerosos amigos y á los señores colaboradores, rogando á éstos tengan la bondad de remitir los originales con esta direccion..

Explicacion del pliego de dibujo.

Cumpliendo nuestra promesa de dar un grabado cada mes, repetimos con este á nuestras suscriptoras un gran-pliego que representa por un lado cuatro abecedarios para marcar ropa blanca de varios tamaños que sirven para juegos de cama, mantelerías, pañuelos y ropa interior. Los cuatro son elegantes y de mucha novedad. Por otro lado van varios caprichosos escudos con cifras enlazadas y nombres, y otros muchos modelos para camisas, vestidos y enaguas, cuya explicacion está tan clara, que no creemos deber dar más detalles á nuestras amables suscriptoras. Este grabado corresponde al mes de Junio.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

Se publica desde Junio los días 8, 16, 24 y 30 de cada mes. Dará ocho páginas á dos columnas, que contendrán artículos y revistas de ciencias, literatura, educacion y otros de interés general, y separadamente para que pueda encuadernarse aparte, ocho páginas de novelas originales españolas. La primera, de la Sra. Saez de Melgar, se titula *El Hogar sin fuego*. Regalará retratos de celebridades, pliegos de dibujos y patrones, y un figurin de modas cada estacion.

PRECIOS Y PUNTOS DE SUSCRICION.

Un trimestre, en Madrid 12 rs.—Semestre 24. Provincias: trimestre 15 rs.—Semestre 30. Estranjero y Ultramar; Un año 100 rs.—Un semestre 60.

Se suscribe en las principales librerías de Madrid y provincias y en todas las administraciones de Correos de España y en la administracion, Valverde, 16, bajo.

MADRID: 1871.—Imprenta de los Sres. Rojas,
Valverde, 16, bajo.

LA MUJER.

MES DE JUNIO DE 1871.



Rosalía



H	B	C	D	E	F	G	I
J	K	L	M	N	O	P	Q
R	S	T	U	V	X	Y	Z

M	B	C	D	E	F	G	H
J	K	L	M	N	O	P	Q
R	S	T	U	V	X	Y	Z